

# ¡Viva la academia!

¿Por qué me disgustó el artículo de Darío Jaramillo sobre la exposición de artistas antioqueños que actualmente llena los salones del MAMM? ¿Será porque yo, irremediablemente sepultado en el sarcófago académico, resiento las palabras vitales de quienes hablan desde la orilla de la vida? ¿Resentiré, tal vez, como cadáver, que la vida no encuentre valor artístico en la muerte y que su defensor acuda, a la manera de un segundo Rousseau, a la exaltación de la vitalidad del "buen salvaje"—que no otra cosa parece ser la apoteosis del "autodidacta"—mientras desvirtúa radicalmente la debilidad y falta de vida de la academia?

Podría ser. Pero podría también ocurrir—todo cabe en este reino del absurdo—que mi perspectiva subterránea resultara más vital. Podría ser que la aparente "distancia crítica" de Darío Jaramillo escondiera un cierto grado de ceguera interior. Puedo pensar que el crítico no alcanza quizás a aproximarse a la obra de arte con los ojos del niño que, ingenua e inocentemente, se asombra ante lo nuevo que lo sobrecoge, como le ocurrió hace años a Aureliano Buendía, cuando descubrió el hielo.

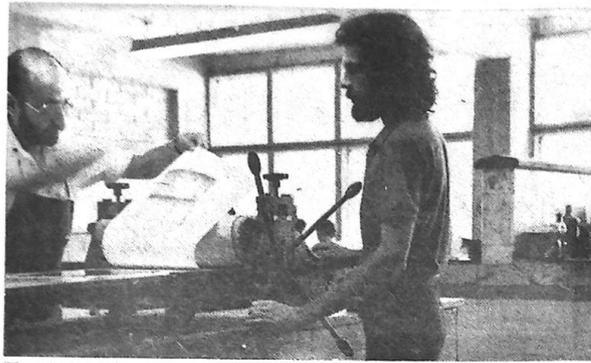
No me corresponde, por supuesto, definir quien tiene la razón. ("Tener la razón", entre paréntesis, es una expresión demasiado peligrosa, porque implica la posesión de un instrumento de poder). Sólo me corresponde señalar mi punto de vista opuesto al del Sr. Jaramillo y expresar, a mi manera, cómo vi la exposición. Precedo a hacerlo:

1  
Cuando Alberto Sierra escogió a los participantes, ciertamente obró con base en sus propias preferencias. Así tenía que ser, y no debo quejarme de que, dejando por fuera a Javier Restrepo, Victoria Paz y Rosa Elena Peláez, haya incluido a Mariela Restrepo. Pero así es. Fue Sierra y no fui yo quien hizo la selección. Son las reglas del juego. Y razón tiene Darío Jaramillo cuando dice que, de haberse realizado la exposición en el Museo de Zea, otros habrían sido los escogidos. No todos somos invitados a los mismos cocteles y es muy mal visto el "lagarto colado" que quiere asistir a todos. Es claro que, en este juego y con estas reglas, tiene que haber selección. Es claro que nadie estará jamás ciento por ciento de acuerdo con los criterios de quien o quienes seleccionen, sean los que fueren. Pero también lo es que, sin curadores, mecenas y otros especímenes semejantes, jamás habría arte en sociedades desarrolladas o en desarrollo. Podemos protestar, pero así es. ¡Llor a los curadores! ¡Así sea!

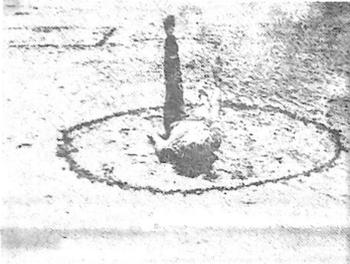
2

Muchas obras de las allí presentes evocan trabajos que todos "habíamos visto en alguna parte..." (como una especie de "déjà vu" freudiano) y me imagino que, si veinte o treinta personas nos reuniéramos y cada una expusiera cuáles obras le evocan las de otros artistas—contempladas en museos, cines, libros de arte, etc.—podríamos encontrar las "fuentes de inspiración" de al menos un 95 por ciento de los trabajos expuestos. En este momento, con un posible "corto circuito" en el análisis, en el que identificaríamos el concepto de "influencia" con el de "plagio", gritaríamos "eureka" y correríamos a contarle a todo el mundo que "la obra de fulano es copia de la de mengano" y de zutano plagia la de perengano". ¿Qué habríamos obtenido? ¿Una más profunda aproximación y comprensión

Javier Escobar Isaza contesta a Darío Jaramillo su apreciación sobre la obra de los antioqueños expuesta actualmente en el Museo de Arte Moderno de Medellín: una defensa a los artistas que han pasado por la academia, en contra del 'buen salvaje' que dice haber propuesto Jaramillo. Escobar ha sido decano de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia y profesor en ella.



La sociedad lentamente se va transformando, y en consecuencia, va logrando la transformación de la academia.



También me habló Margarita Tamayo, inscribiéndose ella misma en un círculo.



Oscar Jaramillo, autodidacta que se salva del olvido por sus cualidades excepcionales.

de la obra de arte? Probablemente no. Probablemente sólo habríamos logrado destruir al otro con nuestro descubrimiento, para sentirnos superiores a él, como el gallo vencedor ante el vencido, en las últimas convulsiones de la muerte. Y nada más.

3

4  
Mi perspectiva no es, pues, la de tratar de descalificar al otro porque descubrí su "truco". Mi perspectiva, más modesta, es la de enfrentarme a la obra, para ver si me dice algo, si me habla. Creo que sólo en este contexto adquiere sentido el intento por rastrear influencias, por hallar referencias. Colocado en esta posición, el "Calor de Hogar" de María Teresa Cano pudo transportarme a un mundo de vivencias, sentimientos e imágenes que no alcanzaba a expresar, pero que bullían en mí ante la imagen de la huella caliente de una plancha olvidada momentáneamente sobre la tela que, de la pieza de la plancha pasaba al museo; la escultura de Hugo Zapata, que parece repetir en piedra y metal las formas y colores de sus serigrafías de hace algunos años, me hablaba de una especie de unidad radical del cosmos, encontrada a un nivel oscuro, casi onírico; un caballo de Francisco Londó me llevó—no sé por qué—hasta los apuntes de Leonardo da Vinci y me habló de la imagen como de algo que no puede jamás hallar equivalencia perfecta en el signo—esas letritas sin referencia concreta, que aluden a algo sin decir a qué, y esas líneas que, partiendo el caballo, buscan una letra que no está allí—. También me habló Margarita Tamayo, inscribiéndose ella misma en un círculo y fotografiando su experiencia para que su representación en el fotograbado pudiera comunicarme a mí la sensación de estar inscrito en ella. Y Julián Posada fue terriblemente impactante con ese círculo incompleto sobre fondo negro y aquellas plumas de colores que dan vida desde el borde de la tela. Las acuarelas de Luis Fernando Peláez, con su lenguaje íntimo, me llevaban a las brumas de alguna película francesa. Las telas de Clemencia

Echeverri, cruzadas por hilos metálicos, me hablaban de luchas recónditas y violentas—mucho más cercanas a sus antiguos cuadros: baconianos de lo que aparece a primera vista.

Podría seguir haciendo un recuento de mis impresiones, para mostrar cómo encontraba algo más en la exposición que un reunión fría de trabajos sin originalidad. Pero con lo dicho basta.

4

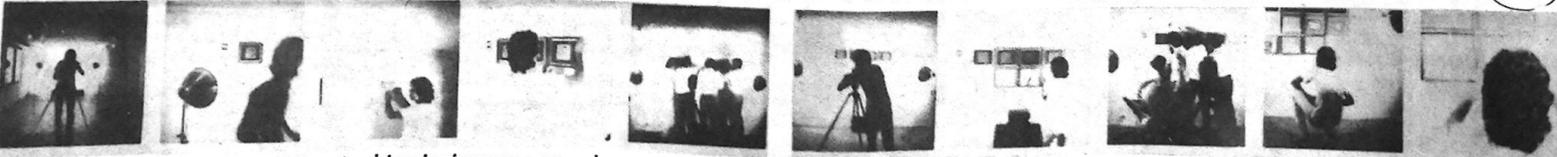
5  
Claro está que otras obras guardaron silencio ante mí. Silencio que tal vez será temporal, mientras llega el momento en que yo tenga oídos para oír... Callaron Luis Fernando Valencia y Jorge Ortiz, o parecieron más bien insinuarme que el puro experimentalismo da premios pero resulta estéril a la larga. Marta Elena Vélez, en el silencio inexpresivo de su obra, parecía estar doliéndose del abandono de un lenguaje—suyo—por ceder al afán experimental. Otros hay que callaron ante mí, como John Castles, cuya frialdad me parece agotada, y Juan Camilo Uribe, con flores artificiales que servirían muy bien para adornar la tumba del "buen salvaje" a quien cantaba Jaramillo.

Tengo que volver, finalmente, a la Academia, la tan vilipendiada Academia. No me referiré, ciertamente, a las innumerables "academias de arte particulares", que pujan en la ciudad y tienen tan escasa confrontación con la realidad social, con lo que, consecuentemente, son de escasísima resonancia artística. Tampoco me referiré a la más reciente academia universitaria (Artes de la Universidad Nacional), cuya misma juventud permitirá que aun los enemigos más enconados de la academia encuentren en ella un cierto vigor. Me referiré a una vieja organización académica universitaria, Artes Plásticas de la Universidad de Antioquia.

6  
Cuando, hace años, Oscar Jaramillo—autodidacta que se salva del olvido por sus cualidades excepcionales (hay que recordar que al lado de Oscar hay 990.000 autodidactas que no pasan de exponer en la sala de su casa y en la de sus suegros)—cuando, pues, Oscar Jaramillo abandonó, como tantos otros, el Instituto de Artes Plásticas de la Universidad de Antioquia, se cantó en Medellín el "réquiem por una academia". Hoy, años más tarde, junto a Oscar exponen al menos nueve representantes de esa misma institución, remozada y transformada, llena aún de vicios pero abierta al presente y al futuro. ¿Qué pasó? Que hay un fermento en el medio y el fermento va realizando su labor; que la sociedad lentamente se va transformando y, en consecuencia, va logrando la transformación de la academia, como mediación suya que es. Para cumplir con este cometido, la vetusta academia creó una estructura formal nueva—el taller básico—que permanentemente oxigena a los alumnos y, creando exigencias al profesorado, lo estimula y fecunda. Ocurrió que la academia tenía más vida de lo que se pensaba. Ocurrió que esa academia, cuya transformación surgía del cambio de la ciudad, iba, a su vez, impregnando lentamente a Medellín.

7  
En el viejo himno universitario medieval, los jóvenes disolutos y alegres, llenos de gozo y energía vitales, después de cantar la alegría de la juventud—"Gaudemus igitur, iuvenes dum sumus"—añadían sin temor "vivant academici, vivant professoris!" Tal vez la vida y la academia tengan más en común de lo que algunos piensan.

semanal



8  
Calló Jorge Ortiz, o pareció más bien insinuarme que el puro experimentalismo da premios pero resulta estéril a la larga.